

LAS TRIBULACIONES DE MICHAEL FOOT

FELIPE MELLIZO

ESCRIBO estas líneas en Londres, ya al borde de la Navidad. Hace frío, los irlandeses siembran de bombas las calles de la ciudad, el destripador de Yorkshire sigue buscando vientres fáciles y el «ala izquierda» del Partido Laborista acaba de perder una batalla parcial: ni Tony Benn, ni Eric Heffer formarán parte del «gabinete fantasma» que va a capitanear, para la sorpresa de los que prefieren la exactitud profética de las encuestas, el inesperado Michael Foot. Pero siempre hay un lugar para la sonrisa y el mero hecho de que este Foot, literato, con aire de «amateur», no de político profesional, culto, irónico, feo, vivo retrato de Paco Umbral cuando sea viejo, sea líder del hispido e híbrido «Labour Party» ayuda a los fieles a recobrar la alegría perdida.

ERA mi intención conversar largamente con Foot acerca de cuestiones que sólo a los fieles nos atañen. Por ejemplo, de Gulliver y sus viajes, un tema en el que es delicado especialista. Pero cuando ustedes lean esto, faltará poco para el 24 de enero, una fecha en la que, sin duda, se juega el destino de Foot como líder del Partido Laborista, como fuerza política más o menos socialista y, en una parte, del pueblo británico en los próximos años. El horno está para pocos bollos y la conversación tiene que esperar a que pase esa fecha.

EL 24 de enero se reunirá una conferencia extraordinaria del «Labour Party», que tiene como objetivo la creación de un vasto «colegio electoral» que, en lo sucesivo, habrá de

ser el que elija democráticamente al jefe laborista. Esa conferencia es consecuencia de la victoria, aplastante, de las llamadas «izquierdas» en la conferencia anual de Blackpool, que tuvo lugar el pasado otoño. Como ustedes saben, son por ahora, los parlamentarios laboristas los que eligen al líder absoluto del Partido. Pero la crítica, acerada, que las izquierdas desplegaron durante el congreso fue eficaz y una buena porción de las frustraciones que, a lo largo de más de un siglo, habían macerado los sueños de los socialistas británicos radicales —es decir, «de raíz», quedaron machacadas, al menos por algún tiempo. En el futuro, salvo que ocurran cosas extraordinarias el día 24 de enero, el líder laborista dejará de ser una elección de los «apparatchiks». Los sindicatos y la base militante formarán junto a los parlamentarios el colegio electoral, ya veremos cómo, y un principio que hasta ahora parecía inamovible en las democracias parlamentarias —la condena de los procedimientos «directos»— empieza a tambalearse, nada menos que en el Reino Unido.

PERO Callaghan, que fue siempre un hombre honesto, centrista, hábil y sin ideología, dimitió a tiempo. Su sucesor, a pesar de los esfuerzos del ala izquierda por impedirlo, fue elegido por los parlamentarios. El más visible capitán de los izquierdistas, Tony Benn, tuvo que «sostenella sin enmendalla», negándose a concurrir como candidato. Pero, con todo, la sorpresa estaba escondida en la voluntad colectiva del Partido y resultó elegido el menos previsible, al menos para los que miran el problema desde

lejos: Michael Foot. Es un hombre de 67 años y nunca consiguió ser ministro, aunque sí otras cosas importantes: Lord Presidente del Consejo y «Leader» de la Cámara de los Comunes. Hijo de un hombre brillante, el liberal Sir Isaac Foot, y hermano de dos hombres difíciles, Sir Dingle Foot, que fuera procurador general, y de Lord Caradon, al que los españoles conocieron cuando se enfrentaba a Piniés en las Naciones Unidas, discutiendo el turbio problema gibraltareño. Ha sido periodista, aunque habría que añadir «en cierto modo», como subdirector y director del semanario socialista «Tribune» —en torno al cual se agruparon y se agrupan los socialistas británicos poco acomodaticios, sin llegar a ser incómodos—. También dirigió, desde un puesto más parecido a lo que aquí llamaríamos la «Jefatura de Redacción» el recientemente muerto vespertino «Evening Standard» y, en ese mismo periódico se ocupó, brillantemente y hasta hace poco, de la crítica de libros. Que yo sepa, esto es importante: ningún político profesional se ha dedicado jamás, más que como esporádico entretenimiento estético, a esa labor en nuestro país. Si hubiera que comparar a Foot con algún español, tal vez Azaña, un Azaña, fuese el más apropiado; no todos los Azaña que hubo en Azaña. Un intelectual desdenoso, lúcido, que todavía no ha probado su capacidad para las tareas estrictamente políticas: pactar con dignidad, extraer ventajas de las derrotas, servir lealmente a la ideología propia y a la voluntad popular y, desconfiar firmemente de las victorias. Cualquier británico inteligente diría que Foot parece capaz de esas cosas, aunque no tanto de ejercer la



otra función, sórdida e implacable, de la tarea política: administrar. Pero eso habrá que verlo.

El problema

CUALQUIERA que sea el resultado de la conferencia del 24 de enero, Foot es el primer líder resueltamente radical que tiene el partido desde su fundación. Como he dicho aquí hace algún tiempo, el Partido Laborista no fue jamás un Partido Socialista. Nació como consecuencia de una convicción táctica de las Trades Unions: conseguir voces que representasen los intereses sindicales en el Parlamento. Aunque, como dice Tony Benn en todo cuanto escribe, hubo y hay en las raíces del laborismo una veta marxista y rigurosamente socialista, eran otras las influencias decisivas: la dulce socialdemocracia fabiana, la tradición obrera gremial «verticalista», y la seguridad de que era posible, sin violentar el orden capitalista-parlamentario-liberal, conseguir para la formidables masa obrera británica una parte sustancial del pastel. Un partido, pues, reformista. Y esa condición se fortaleció a raíz de la Primera Guerra Europea que, entre otras cosas, sirvió para probar la

fuerza de la clase obrera. Entonces tuvo lugar una «reestructuración interna», pero NO para radicalizar las actitudes socialistas, sino para fortalecer las posibilidades políticas netas —es decir, el asalto al Poder— del Partido que, desde entonces y con todos los matices que ustedes quieran, se fue transformando en una máquina de gobierno capaz, centrista, populista y, en lo que se refiere a su organización interior, poco democrática. En el fondo y salvando las inmensas distancias de experiencia, capacidad, hombres e ideas, que hay entre ambas organizaciones, no deja de haber una vaga semejanza entre el problema con que se enfrenta Michael Foot y el de la UCD. Coaliciones inestables, urdidas para finalidades concretas, en su origen. Más tarde, las tendencias varias que se mueven en su barriga entran en colisión y sólo a través de ese conflicto —no hay más remedio que ser, casi siempre, marxista— es posible ver alguna luz.

LO que la izquierda laborista —Tony Benn, Eric Heffer, Frank Allaun, Stuart Holland, Michael Meacher y muchos más—, ha conseguido hasta ahora es importante: proponer una alternativa más socialista desde el punto de vista general y más sincera desde el punto de vista interno del

Partido. Han polarizado, naturalmente, las actitudes de cada sector y así se sabe ahora muy bien lo que antes no se sabía. Nunca fue socialista, por ejemplo, la notable Shirley Williams; nunca lo fue el mucho menos notable Roy Jenkins o el nada notable David Owen. Nunca lo fue tampoco el ex comunista Denis Healey que, empero, es un político enterizo y ambicioso. Todas esas cosas permanecían ocultas tras una pared de hierro que los izquierdistas han derribado o están derribando. No sobraría saberlo, dejando en el cubo de la basura las tradicionales actitudes lacayunas y ciegas con que suelen contemplarse desde aquí las cuestiones británicas.

EN este campo de batalla, Foot desconcierta un poco a todos. Acaba de publicar un libro —«Deudas de honor»— en el que se trasluce su visión de la cosa pública con bastante gracia. No va a ser nunca un capitán revolucionario, porque su condición de viejo escritor arbitrista, soñador y curioso se lo impide. Pero tampoco va a devolver al Partido su comodidad mediocre, salvada en ocasiones por grandes figuras individuales. Sus tribulaciones son las que acosarían a Tierno si se viera al frente del PSOE, con una diferencia angelica. Michael Foot sabe que, en el fondo, está jugando, un juego dramático y complejo, pero un juego. Una larga vida de poemas, reuniones, artículos llamantes y lecturas sosegadas termina premiada con esta partida fascinante. No sabe cómo resolver el lío. Pero, como dijo, precisamente, Harold Wilson, «cualquier idiota sabe dar respuestas; lo difícil es preguntar». ■